

De la vida en la costa

(Es un cuento agreste de María de Noguera)

(En Rep. Amer.)

(Dedico este cuento con devoción y cariño a la eminente educadora costarricense Doctora Emma Gamboa Alvarado.
María L. de Noguera.
 Santa Cruz de Guanacaste, 15 de Agosto de 1954.

—No volveremos a vernos, Julián, — decía Chepita Espinosa a su novio Julián Rivas, en la entrevista bajo los aceitunos frente al mar. Y prosiguió: —Mi padre está enojadísimo por lo del Resguardo.

—“¿Qué tenemos que ver nosotros con el enojo de los viejos? Allá ellos que se arreglen como quieran. El tuyo está enojado por lo del resguardo, y el mío porque le dijeron que don Jacinto (padre de Chepita) tenía escondida la vaca alazana pintada y por eso pidió el registro de la finca de Uds. Vos sabés que han sido amigos, que se han hecho muchos servicios como buenos vecinos; por eso mismo mi padre se extrañó de la mala jugada y es la causa de su enojo y resentimiento. El no la creía pero hubo quien se lo asegurara y ahí está la cosa. Pero repito, eso no debe separarnos Chepita, ¿qué haré yo sin tí?

—Debes comprender Julián que mi deber es obedecer y sentir con mi padre el ultraje recibido. Yo te amo también, ya te lo he dicho, pero antes que tu amor está mi familia.

Ambos volvieron la mirada como por impulso eléctrico hacia el montículo inmediato porque habían oído en esa dirección precisamente, el triz-triz de una ramita seca al quebrarse. Su emoción fue de espanto al mirar ante ellos a don Jacinto, padre de Chepita, éste llevaba escopeta, cruceta al cinto y su manila de lazar.

—Ah...! sí...? con que este es tu escondedero, mala hija...! vociferó el viejo lleno de ira. Y dijo al muchacho: —Vete, antes que me haga desgraciado. —Quiso hablar el pobre Julián pero se le ahogaron las palabras ante el calibre de la escopeta de don Jacinto puesto en su pecho.

—Anda, vete, — repitió el viejo, la Chepa me dará las explicaciones. — En el acto tomó a la muchacha de un brazo y se internó con ella en la montaña. Poco rato después se oía el restallar del látigo que caía en las tiernas carnes de Chepita Espinosa, quien desnuda colgaba de una rama tocando el suelo apenas con la punta de los pies. El padre azotaba y rugía: sí, ya comprendo, vos fuiste la que le dijiste al compadre Antonio que yo maté la vaca. Vos fuiste, porque sólo vos sabías lo que yo había hecho. Sólo vos sabías donde enterramos el cuero y los cuernos. Vos le dijiste a ese cochino con quien te hallé...!

—No, padre, se lo juro por Dios que nada he dicho...! Esto se le entendía

apenas a la infeliz en voz de moribunda. Azotada con la mayor crueldad y cuando parecía exánime la desató el padre dejándola abandonada en el suelo medio cubierta con las ropas. Horas después empezó a moverse; la brisa del mar la había refrescado y poco a poco sus venas golpeadas dejaban paso suficiente a la circulación. Recobró el conocimiento, se acercó al mar. Lavó sus carnes lastimadas y hubo perfecta luz en su conciencia. Alentó la idea de escapar de las manos de su padre cruel e injusto. Tambaleante aún se fue caminando por la orilla del mar, estrecha cada vez más por estar en creciente pero ella conocía los atrochos y los vados de los esteros. Caminó y caminó, ya la noche, se venía encima. Llegó al primer atrocho; conoció el ruido que se dejaba escuchar, era el triturar de huesos que produce el tigre al devorar una víctima. Oyó el rugido repetidamente, lo que la obligó a correr para salir al clarete costero. El tigre la siguió, lo vió a la luz de la luna ya cuando ella llegaba a la boca del estero que encontró desbordado por la creciente del mar. Ante dos peligros eminentes escogió el de mayor posibilidad de salir con vida. Se lanzó al estero precisamente en el instante en que el tigre caía de un salto en el lugar donde estuvo parada. Nadó con éxito continuando luego su odisea por las arenas marinas. La luna alumbró en plenitud. Con grandes esperanzas veía alejarse el peligro que le ofrecía la ira injusta de su padre y meditando en ello la sorprendió el bramido de otro tigre que la seguía. Ella conocía esas voces de la selva, por lo que comprendió que ésta segunda fiera estaba hambrienta. Caminó entonces por el agua, de por sí la caricia de las olas le daba bienestar. El tigre, astuto, olfateando caminaba a la par, por lo seco. Un rato después, como por milagro apareció una tortuga de las grandes llamadas “báulas”, escarbando para su nidada. El tigre hambriento cayó sobre el inocente animal, mientras la muchacha que atisbaba con inteligencia, salió del agua y echó a correr.

Declinaba ya la esplendorosa luna cuando se oyó el ladrido de numerosos perros de una casa costera, mezclados de vez en cuando con el bramido del tigre que atrevido trataba de acercarse a la vivienda. Despertaron los moradores y salieron al patio dos muchachos con sus respectivas escopetas y, cuál no sería su asombro al encontrar en el suelo, junto al alero, el cuerpo exánime de una mujer.

—“¡Pero si es Chepita Espinoza!”, exclamaron las mujeres de la casa después

de llevarla a la cama y hacerle tratamientos caseros para reanimarla. Daba compasión su cuerpo contuso, sangrante, lleno de larvas de moscas.

El tigre, después de matar la tortuga y saciar el hambre siguió a la muchacha olfateando sus huellas, pero ella en un supremo esfuerzo pudo llegar junto a la casa y salvarse. Gracias a las manos caritativas de las mujeres y demás moradores de la vivienda, recobró pronto su estado normal y pudo compartir las dulces horas del hogar costero. Pero un día fue sorprendida por el Resguardo Fiscal, el fatal Resguardo, venían buscándola ya sin esperanzas porque creyeron que la había devorado el tigre.

—Debemos presentarla al Juez, le dijeron, Ud. no debe temer nada. Su padre está en la cárcel desde el día que la castigó, fué delatado por Julián Rivas.

Sin reaccionar sobre tales informe se despidió con lágrimas de gratitud, de la familia a quien le debía la vida y se fue con los guardas camino de la ciudad.

En la sala ante el Juez del Crimen fue interrogada:

—Su nombre?

—Josefa Espinosa.

—Edad?

—Diez y seis años.

—Es verdad que su padre la azotó desnuda y colgada de un árbol?

—Sí es cierto.

—Por qué la castigo,

—Porque me encontré conversando con mi novio Julián Rivas escondidos a la orilla del mar.

—Solamente por eso?

—Sí señor.

—Qué sabe Ud. de una vaca alazana pintada de don Antonio Rivas, vecino de Uds. que se perdió hace unos días?

—Absolutamente nada.

Y prosiguió el Juez: ahora pasará Ud. al consultorio del médico para que dicte sobre el castigo corporal que le dió su padre, de lo que diga el médico dependerá la sentencia judicial.

—¿Qué pide Ud. contra su padre?— A lo que respondió la muchacha: deseo se le dé libertad porque está enfermo.

—Eso no es posible, respondió el Juez. Por ley tiene que ser castigado aunque Ud. lo perdone.

—Entonces, señor Juez, deme licencia de permanecer en la cárcel al lado de mi padre, sea cual fuere el tiempo que señale la sentencia. Tengo que demostrarle a él que seré obediente olvidando para siempre el amor de Julián Rivas.

Lic. Aníbal Arias R.

Abogado y Notario

San José, Costa Rica
 Apartado 2352